

Algunos argumentos básicos para defender la necesidad de *ruralizar* las escuelas actuales

José Luis del Río Fernández
Universidad de Málaga

Resumen

En la comunicación se comparten algunas reflexiones sobre la necesidad de *ruralizar* las escuelas actuales, entendiendo el término “ruralizar” como la puesta en marcha de un proceso educativo intencional y sistemático dirigido a desarrollar en las aulas una serie de acciones que permitan al alumnado reconocer, apreciar y cuidar el entorno natural más cercano, a la vez que fomentar un pensamiento crítico sobre la utilidad que tienen los conocimientos disciplinares para interpretar el mundo que nos rodea y poder interpretarnos en él. En este sentido, se recuperan las demandas que hicieron, hace más de cincuenta años, los estudiantes de la popular escuela de Barbiana, recopiladas por Lorenzo Milani y publicadas en la célebre “Carta a una maestra” (1967), poniendo de manifiesto la vigencia que siguen teniendo sus reivindicaciones en los tiempos que corren. La metodología empleada para la elaboración de este trabajo ha sido el análisis documental. El objetivo que se persigue no es otro que ofrecer argumentos básicos que sirvan para provocar el debate y la discusión sobre un tema que, más allá de las cuestiones semánticas, incide directamente en la conformación de la identidad profesional docente y en el sentido de la labor educativa.

Palabras clave: Escuela rural, Carta a una maestra, Lorenzo Milani.

1. Introducción

Aunque pueda parecer algo heterodoxo comenzar un escrito pidiendo disculpas (ya se sabe que *excusatio non petita, accusatio manifesta*, o lo que es lo mismo, pedir perdón por una falta sin que nadie haya pedido explicaciones al respecto es una actitud que genera automáticamente suspicacias y recelos), considero necesario hacerlo como gesto de transparencia y honestidad hacia quien tenga a bien acercarse a estas líneas, así que procederé a ello: lo siento, no poseo un bagaje experiencial que me convierta en un experto sobre el tema al que me voy a referir a lo largo de las siguientes páginas. Soy una persona de ciudad, no de campo, y el conocimiento que tengo del mundo rural no puede equipararse al de alguien que haya nacido, crecido, trabajado y vivido en un pueblo—y lo siga haciendo hoy en día—. Así pues, es probable que mis apreciaciones sean tachadas de imprecisas, parciales y sesgadas. En cualquier caso, me atreveré a compartirlas.

Soy originario de Ronda, un municipio andaluz de más de 33.000 habitantes que se encuentra ubicado en la serranía que lleva su nombre. Allí nací y me crié hasta que cumplí los dieciocho años. Posteriormente, me trasladé a Málaga para cursar estudios universitarios, y aunque he cambiado de domicilio en varias ocasiones, podría decirse que mi residencia habitual siempre ha estado rodeada de edificios, asfalto y hormigón. Mi vínculo con lo rural viene por herencia familiar. Mis abuelos maternos eran de Faraján. Mis abuelos paternos, de Júzcar, pueblo al que todavía acudo con frecuencia porque mis padres tienen una casa y un terreno allí que demanda tiempo, atención y cuidados. Mi escasa experiencia laboral en tareas agrícolas se limita a la recogida de

aceitunas, nueces, almendras, naranjas, etc., para el autoconsumo (reconozco que, a veces, pesa más la obligación que la pasión...). Igualmente, he tenido que echar una mano en cuestiones menores como regar el huerto, echar de comer a los animales, quemar rastrojos, quitar hierbas, cercar los perímetros, etc., pero siempre con la sensación de que eran acciones puntuales de las que no dependía mi sustento. Una vez acabadas, regresaba al entorno urbanita del que procedo. Por consiguiente, nunca he tenido la posibilidad de apreciar en su plenitud todo lo que conlleva vivir en una zona rural, para bien o para mal. En cualquier caso, mi intención no es erigirme como portavoz de un contexto al que no pertenezco, sino únicamente exponer algunas ideas teóricas que pongan en efervescencia el pensamiento e inviten al debate y a la reflexión.

Hecha la aclaración, expongo los dos pilares fundamentales sobre los que se sustenta la comunicación: el primero tiene que ver con el concepto mismo de ruralización y con un posicionamiento personal y profesional que defiende la necesidad de incorporar ciertas acciones y valores eco-sociales en los centros educativos actuales; el segundo, con la recuperación de una lectura que tuve la suerte de disfrutar mientras cursaba la carrera de Pedagogía y de la que considero oportuno traer a colación algunas ideas. Me refiero a “Carta a una maestra” (1967), escrita de manera colectiva por los ocho alumnos de la escuela de Barbiana y recopiladas por el párroco Lorenzo Milani (1923-1967), figura de referencia en el ámbito de la lucha por la justicia social.

La metodología empleada para la elaboración de este trabajo ha sido el análisis documental. El objetivo que se persigue no es otro que ofrecer algunos argumentos básicos que sirvan para provocar la discusión sobre un tema que, más allá de las cuestiones semánticas, incide directamente en la conformación de la identidad profesional docente y en el sentido de la labor educativa.

2. Fundamentación

En el año 2022 el verbo “ruralizar” pasó a formar parte del léxico español. La Real Academia Española (RAE) incorporó la palabra al diccionario y definió el término como “dar carácter rural a algo o a alguien”. Tal y como señalan Pérez-Porto y Gadey (2022), desde un enfoque sociológico, el concepto de ruralización se emplea para denominar el proceso a través del cual se adoptan o transfieren usos, prácticas y costumbres propias del mundo rural al entorno urbano. Según los autores, esta reproducción se origina, bien por las dificultades de integración que encuentran las personas que emigran del campo a las ciudades, o bien por la adopción voluntaria, por parte de las personas que viven en las ciudades, de actitudes y modelos de comportamiento procedentes de zonas rurales. Es, precisamente, en este punto donde me gustaría situar el texto.

¿Cuáles serían, a mi parecer, las actitudes y modelos de comportamiento asociados a las zonas rurales que deberían exportarse a los centros educativos? Fundamentalmente, aquellas que tienen que ver con el contacto directo y el respeto a la naturaleza, el consumo responsable y saludable, el cuidado de los seres vivos, la movilidad sostenible, la vida en comunidad, la capacidad para disfrutar del tiempo libre de forma tranquila y sosegada, sin el ajetreo, el estrés y las prisas que caracterizan el ritmo frenético de la vida en la ciudad, etc. Porque, en palabras de Martín (2002), “ruralizar las ciudades también es ruralizar la vida de sus habitantes” (s/p).

En la misma línea se manifiesta Corominas (2023) cuando habla de “renaturalizar las escuelas” y declara que resulta preciso establecer un nuevo marco de relaciones entre las personas y la naturaleza. Coincido con el autor cuando señala que no tiene sentido diferenciar la educación ambiental de la educación en general, como si una y otra fueran independientes, cuando más bien sucede al contrario: una propuesta educativa que no tenga en consideración el respeto y el

aprecio hacia el medioambiente deja, *de facto*, de ser educativa. Ahora bien, para ello hay que ir más allá de los planteamientos maniqueos que limitan las acciones eco-sociales a la recogida de basura en las zonas de recreo, los dibujos de paisajes verdosos llenos de arbolitos o la creación de huertos escolares que, en muchas ocasiones, sirven más como elemento decorativo que como potenciales entornos de aprendizaje. En este sentido, lo que verdaderamente se demanda es una mayor cantidad de actividades o dinámicas que permitan la exposición directa a la naturaleza y contribuyan a la sensibilización y a la concienciación ambiental, un objetivo que cobra mayor importancia, aún si cabe en los tiempos que corren, debido al reciente auge de movimientos de extrema derecha que niegan la emergencia climática, ocultan o invisibilizan los casos de ecocidio y se oponen con fiereza a cualquier iniciativa que contribuya a cuestionar los privilegios de la clase dominante (aunque, paradójicamente, luego se presenten como los defensores de la gente del campo).

Como ejemplos de buenas prácticas educativas, podríamos citar el proyecto “La Ruta del Bosque”, descrita por García-Gómez (2012), una iniciativa llevada a cabo por las profesoras del Colegio Público Rural Santa Engracia, situado en Tauste (Zaragoza), las cuales plantearon el estudio del pinar que rodea la institución como núcleo organizador del aprendizaje de sus estudiantes¹; o cualquiera de las muchas que aparecen citadas en el estudio realizado por Lorenzo y Olivares (2021), dirigidas a establecer y estrechar los vínculos entre escuela y entorno.

Por supuesto, no estoy diciendo que este tipo de acciones sean inherentes o exclusivas de las escuelas rurales, ni que se constituyan como una característica definitoria de las mismas (¡ojalá!). Este planteamiento sería demasiado idealizado o naíf. Obviamente, habrá escuelas rurales en las que se lleven a cabo este tipo de actuaciones, como también no las habrá; e igualmente sucederá en los centros educativos ubicados en zonas urbanas, que quizás tengan mayor dificultad para sembrar semillas en las eras de los campos, pero no para sembrarlas en las cabezas de sus estudiantes. Así pues, desde mi punto de vista, el foco de la ruralización no hay que ponerlo tanto en la localización geográfica de las instituciones como en las prácticas que el profesorado decida poner en marcha para tratar de paliar, en la medida de sus posibilidades, el llamado “trastorno por déficit de naturaleza” (2018) y fomentar la concienciación ecológica para aprender a vivir de forma justa con lo necesario (Díez-Gutiérrez, 2024).

En definitiva, cuando aludo a la necesidad de ruralizar las escuelas actuales, me estoy refiriendo a la predisposición para desarrollar en las aulas —y fuera de ellas— una serie de acciones intencionales y sistemáticas que permitan al alumnado reconocer, apreciar y cuidar el entorno natural más próximo, a la vez que fomentar un pensamiento crítico sobre la utilidad que tienen los conocimientos disciplinares para interpretar el mundo que nos rodea y poder interpretarnos en él. Y es al hilo de esta idea cuando resulta conveniente revisar algunas de las enseñanzas que nos legaron para la posteridad los alumnos de la escuela de Barbiana.

3. ¿Qué podemos aprender de los alumnos de la escuela de Barbiana?

En el 2017 se celebró el 50º aniversario de la publicación de “Carta a una Maestra” (1967), un clásico de la pedagogía que conviene tener presente, ya que las proclamas que contiene siguen teniendo total vigencia aunque hayan pasado más de sesenta años desde su redacción original. El texto, escrito de manera colectiva por los ocho alumnos de la escuela italiana de Barbiana, una pequeña e inhóspita aldea situada en las montañas del Mugello, a 50 kilómetros de Florencia,

¹ Es posible visualizar la comunicación que las docentes presentaron al III Congreso de Innovación Educativa en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=9h3MCGHukU0&t=6s>

contiene una serie de denuncias veladas hacia el comportamiento de la señora Spadolini (que bien podría simbolizar a un determinado sector del profesorado), y una sucesión de reivindicaciones estudiantiles que, perfectamente, podrían hacerse extensivas a otros escenarios educativos.

Pongámonos en situación: las apenas cien personas que habitaban Barbiana eran familias pobres, dedicadas al pastoreo, que vivían en unas condiciones de vida muy humildes. La maestra asignada a la desolada escuela unitaria faltaba con frecuencia (en invierno se ausentaba durante semanas enteras), estaba totalmente desconectada de la realidad de la aldea y apenas mostraba interés por los niños, a quienes trataba con desdén. En 1954, el panorama cambió drásticamente con la llegada a la localidad del párroco Lorenzo Milani, quien decidió recuperar el tiempo perdido y suplir las deficiencias de la antigua maestra². El cura encontró en este destino la oportunidad perfecta para desarrollar un modelo pedagógico amparado en los postulados de autores como Rousseau, Pestalozzi o Freire. Para Milani, la escuela debía convertirse en una herramienta que permitiera a los hijos de los campesinos superar el desfase cultural histórico que arrastraban con respecto a los hijos de los burgueses y poder hacer frente a las vicisitudes de la vida adulta en condiciones de igualdad (Besalú-Costa, 2018).

Poco a poco, empezaron a llegar materiales que sirvieron como acicate para despertar la curiosidad del alumnado y facilitar la comprensión del mundo (libros, instrumentos de medida y cálculo, mapas, vinilos, etc.). Además, se pusieron en práctica metodologías que promovían el aprendizaje colaborativo, la enseñanza entre iguales, la lectura y el análisis de las noticias de actualidad, el pensamiento crítico, el diálogo, la expresión oral y escrita, la implicación de las familias en los procesos formativos, etc. Por primera vez, se empezó a sentir la educación como algo importante en la vida del pueblo.

Fue en este periodo cuando “Carta a una Maestra” (1967) vio la luz. Con ayuda del propio Milani, los alumnos dieron forma a un texto cargado de rabia y honestidad en el que describieron algunas de las situaciones de injusticia que vivieron con su antigua maestra. Entre otras cosas, denunciaban que en la escuela se considerara imprescindible memorizar unos contenidos absurdos, carentes de utilidad para la vida cotidiana, “escritos por gente que no ha hecho más que leer libros” (p. 93), mientras que el nombre de los árboles y el conocimiento de los cultivos que nos alimentan no tuvieran ningún valor cultural. Probablemente, si se preguntara eso en los exámenes, muchas de las personas que habitamos las ciudades y que nos consideramos cultas no pasaríamos la prueba, mientras que la gente del campo obtendría la máxima calificación.

4. Conclusiones

En la escuela de Barbiana había una serie de reglas específicas para escribir un texto, entre ellas “tener algo importante que decir y que sea útil para todos o para muchos” (p. 15). Obviamente, no me toca a mí valorar la utilidad de estas páginas. Reconozco que, debido a las limitaciones de espacio que exige el formato, apenas hay profundización en las ideas expuestas. En consecuencia, estas reflexiones no son más que un bosquejo cuya finalidad es invitar al profesorado a cuestionar su quehacer docente. No obstante, me gustaría aclarar que la discusión no reside en el empeño por encontrar una definición canónica del término “ruralización”. Su aparición en el título no es más que una excusa para que interpretemos adecuadamente la palabra y nos posicionemos ante ella. Porque el lenguaje configura el pensamiento; y de un

² Milani, iniciado en el magisterio por el firme convencimiento de que la educación debía estar al servicio de quienes más necesitan de ella, fundó en Calenzano, su pueblo natal, la escolita popular de San Donato. Este hecho incomodó a la jerarquía eclesiástica, que ordenó su traslado a Barbiana.

pensamiento estructurado, crítico y reflexivo emergen acciones coherentes con una manera determinada de ser y de estar en el mundo.

En este sentido, podría darse incluso la paradoja de que resultase preciso “ruralizar” las escuelas rurales, ya que desde el enfoque que aquí se presenta, el *quid* de la cuestión no reside tanto en la ubicación geográfica de los centros, como en las acciones que se implementan en ellos. Dicho de otro modo, la ruralización por la que abogo tiene más que ver con el *qué se hace*, que con el *dónde se hace* (aunque ambas preposiciones pueden ir perfectamente de la mano).

Por consiguiente, no es mi intención ofrecer una imagen bucólica y excesivamente romántica de las escuelas rurales o de la vida en el campo, en general; como tampoco alabar las “supuestas virtudes” de la vida en las ciudades (eso daría para otro escrito...), porque todo contexto tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Cada localidad tiene unas peculiaridades idiosincráticas que la hacen única y que deben conocerse a fondo antes de emitir cualquier juicio de valor. El nivel de satisfacción de la población con su lugar de residencia dependerá de aspectos tales como las infraestructuras, las comunicaciones, el acceso a determinados servicios públicos (hospitales, ambulatorios, bibliotecas, centros culturales, instalaciones deportivas...), la posibilidad de acceder a un empleo digno y desarrollarse profesionalmente, etc. Evidentemente, no es lo mismo vivir en un pueblo ubicado a pocos kilómetros de una capital, que en otro que esté a horas de distancia y al que únicamente se pueda acceder por intrincadas carreteras de montaña. No es lo mismo vivir en un pueblo de costa que en uno de interior. No es lo mismo un pueblo de 3000 habitantes que una aldea con menos de 100...

Cada cual tendrá que decidir en qué lugar construir su proyecto de vida, atendiendo a múltiples factores (personales, profesionales, económicos, sociales, etc.). Ahora bien, lo que me interesa destacar en estas páginas es la idea de que el profesorado, independientemente del lugar en el que ejerza, tiene en sus manos la oportunidad de ruralizar su práctica docente acercando la escuela al entorno del que forma parte, fomentando la reflexión sobre la huella que deja el ser humano en la naturaleza y procurando dar valor en las aulas a esa cultura campesina que tanto reclamaban los alumnos de Barbiana. Solo así será posible hacer frente a las corrientes de pensamiento hegemónico, de corte mercantilista, neoliberal y capitalista, que impregna cada rincón de la sociedad actual y nos empuja a aceptar como inevitable un modelo de desarrollo que pone en peligro nuestra propia supervivencia como especie.

Referencias

- Alumnos de Barbiana. (1967). *Carta a una maestra*. Nova Terra.
- Besalú-Costa, X. (2018). Teoría y práctica de la escuela de Barbiana: la aportación de Milani a la escuela actual. *Papeles Salmantinos de Educación*, 22.
- Corominas, A. (1 de diciembre de 2023). Renaturalizar las escuelas. *El diario de la educación*. <https://eldiariodelaeducacion.com/convivenciayeducacionenvalores/2023/12/01/renaturalizar-las-escuelas/>
- Díez-Gutiérrez, E. J. (2024). *Pedagogía del decrecimiento. Educar para superar el capitalismo y aprender a vivir de forma justa con lo necesario*. Octaedro.
- García-Gómez, R. J. (15 de diciembre de 2022). La escuela rural que revitaliza su entorno. *El diario de la educación*. <https://eldiariodelaeducacion.com/2022/12/15/la-escuela-rural-que-revitaliza-su-entorno/>
- Lacruz, J. I., y Olivares, P. A. (2021). Escuela rural y territorio: análisis de buenas prácticas educativas en el contexto de la Comunidad Autónoma de Aragón (España). *Revista Espaço do Currículo* (14) 2, 1-21. <https://doi.org/10.22478/ufpb.1983-1579.2021v14n2.58080>.
- Louv, R. (2018). *Los últimos niños en el bosque*. Capitán Swing.

Martín, D. (21 de octubre de 2022). Ruralizar las ciudades. *Ethic*.
<https://ethic.es/2022/10/ruralizar-las-ciudades/>
Pérez-Porto, J., y Gardey, A.(30 de agosto de 2022). Ruralización: Qué es, importancia, definición y concepto. *Definición.de*.<https://definicion.de/ruralizacion/>